

Nostalgia del pasado

R.M.

El dicho 'cualquier tiempo pasado fue mejor' es para los viejos una verdad indiscutible. Recuerdan con nostalgia sus días de juventud y los comparan con los de la senectud, y agotan los adjetivos para calificar aquéllos.

En el comienzo de este siglo *don Francisco López Alén*, cronista de la ciudad, escribía sobre el San Sebastián de 1840, el de su infancia, y dijérase que la tinta que usó estaba adobada con lágrimas de intensa melancolía. Veamos.

«No se adulteraba el vino; el azúcar no era de procedencia dudosa; la caña era de la más pura verdad de La Habana; no se conocían los aperitivos e incitantes que con denominaciones exóticas se expenden hoy en envases adornados con sus correspondientes 'primeros premios' en las coloreadas etiquetas; no se decía allá o acullá hay buena sidra, porque todas eran excelentes; el café era café, el chocolate se hacía con cacao, y estos productos venían directamente a nuestro puerto de las mismas tierras de Venezuela.

Un traje regularmente cuidado duraba una docena de años. Se ignoraba lo que era un cigarro malo; se escogía la marca de tabaco que a cada uno le apetecía y se mandaba elaborar a donde a uno le venía en gana.

En aquella pescadería tan propia y bonita en donde las expendedoras se creían felices, porque ni sentían frío en invierno ni calor en estío, jamás conocimos la merluza de diez o doce cuartos para arriba, y sí muchas veces a dos y a tres; un arraigorri bien encarnado y de la talla de un granadero sólo valía seis cuartos y un besugo de gabón tampoco pasaba de los tres champones.

Allá por los años 1840 apenas se conocía en Donostia ni la gastritis, ni la disepsia; jamás molestaba en el estómago donostiarra ninguna pirosis. ¿Por qué? Porque los productos de alimentación no contenían cuerpos ni sustancias aborrecibles.

Un obrero ganaba ocho reales, y con esas dos pesetas se hacía más que ahora con seis. Hoy se gana mucho más, pero es mucha mayor la desproporción que existe entre el jornal y el valor que alcanzan los artículos precisos o de primera necesidad».

En el Boulevard se hallaba la 'plaza' de pelota y servían de paredes las cortinas de las murallas, jugándose los partidos después de la misa mayor, y nunca en días laborables. El tanto que se estaba disputando se suspendía al oír la primera campanada de las 12 de la iglesia de San Vicente, para rezar la oración del Angelus.

Muchos mayores, al leerlo, pensarán también como el antiguo cronista de la ciudad.